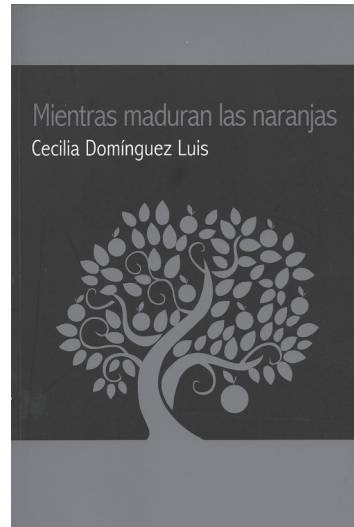


UNA INVITACIÓN A LA MEMORIA

DANIEL DUQUE



Mientras maduran las naranjas

Cecilia Domínguez Luis.

Cam-PDS Editores. Las Palmas de Gran Canaria, 2009.

*M*ientras maduran las naranjas, de Cecilia Domínguez Luis es una novela que, como todas las buenas, tiene más de un tema. Por un lado está, no la Guerra Civil Española, sino la nueva situación y las consecuencias que generó el Golpe de Estado del 18 de julio de 1936 vistas desde la perspectiva de una niña, una niña tinerfeña que se mueve fundamentalmente por el norte de la Isla, entre La Orotava, Garachico, Los Silos y Santa Cruz. Una niña que acaba de perder a su padre enfermo y se ve envuelta con su familia en el torbellino golpista y el posterior conflicto, una situación que no entiende y que ella va asimilando por las reacciones sentimentales de su madre, una mujer íntegra, sufrida y dura a quien los golpistas de Franco han encarcelado a tres (y en un momento a cuatro) hermanos por el mero hecho de ser republicanos.

Pero además de este tema colectivo que afecta a la totalidad de los personajes de la novela, *Mientras maduran las naranjas* tiene otro, más íntimo y psicológico pero igualmente novelesco, el transcurrir del tiempo –tiempo de violencia, de sospechas, de denuncias, de desapariciones de seres queridos–, el paso de las estaciones por el cuerpo y la mente de una adolescente de 13 años que acaba convertida en una joven de diecisiete, con novio y esperanzas, una sorpresa de la vida que la novela también cuenta, cómo en medio de aquel desastre de muerte, de brutalidad, de rencores, en

aquel tiempo fratricida, surge el amor entre dos jóvenes, de manera que al final de la obra nos encontramos con unos personajes ilusionadamente impulsados hacia la felicidad, y aunque este hecho no le resta ni un ápice de dramatismo a *Mientras maduran las naranjas*, al menos rocía el texto con algunas gotas de esperanza.

En *El telón. Ensayo en siete partes*, decía Milan Kundera¹: “El hombre queda separado del pasado (incluso del pasado de hace unos segundos) por dos fuerzas que se ponen inmediatamente en funcionamiento y cooperan: la fuerza del olvido (que borra) y la fuerza de la memoria (que transforma)”. Esos dos peligros, el de olvidar y el de transformar, caprichosamente o no, el pasado, los sorteja con gran habilidad Cecilia Domínguez en *Mientras maduran las naranjas*, una novela que reparte su contenido entre la historia (a través de personajes reconocibles con sus nombres y apellidos en el concreto pasado que va de 1936 a 1939) y la ficción, de manera que si no llega a ser una novela histórica, sí que cuenta parte de la historia y, sobre todo, es una novela que conviene leer para no ignorar ni olvidar lo que ocurrió en esta isla de Tenerife en aquellas trágicas fechas.

Comenzaremos por comentar dos elementos que, a la vez, están dentro y fuera del relato, el título y la dedicatoria.

El título, *Mientras maduran las naranjas*, está tomado de un verso del poema “El reloj de mi cuerpo”, del libro *Entre la guerra y tú*, de Pedro García Cabrera. Según su autor, (en *Obra selecta*. Verbum, Madrid, 2005, al cuidado de los profesores Nilo Palenzuela y Rafael Fernández), este poema, junto a “La cita abierta” y “Con la mano en la sangre”, fue escrito antes de la guerra y publicado en el último número de la revista *Gaceta de arte*, con fecha 30 de junio de 1936.

El poema “Con la mano en la sangre”, continúa diciendo García Cabrera, experimentó el zarpazo de la censura cuando, en 1952, fue incluido por Domingo Pérez Minik en su *Antología de la poesía canaria*. Al verso “Fabricarán cañones *que habrán de bendecir los obispos*” se le amputó el trozo en cursiva: que habrán de bendecir los obispos.

En cuando a la dedicatoria, diremos –en la línea de la cita de Saul Bellow: “Todo escritor toma prestado de sí mismo lo que necesita”– que, desde los alrededores de la novela, impregna de una gran apariencia de realismo histórico el relato, del que no hemos iniciado aún la lectura. Dice así:

*A mi tía María Luz que me la contó sin ira,
a mis padres, que conocieron el amor en tiempos de guerra,
a mi abuela Cecilia, por su valentía,
a mis tíos, los que murieron por un ideal
y a los que sobrevivieron para seguir luchando por él.*

Ese realismo (“el realismo no consiste en establecer cómo son las cosas reales, sino cómo son las cosas en realidad”, dijo Bertold Brecht; y Georgia O’Keeffe dijo: “nada hay menos real que el realismo. Los detalles son desconcertantes. Sólo por medio

de la elección, la omisión y la acentuación avanzaremos hacia el verdadero significado de las cosas”) contrasta con la voz de la narradora, una primera persona que corresponde a Sara, en realidad la tía María Luz de la dedicatoria, una niña que al comienzo de la novela tiene 8 años y que con la ingenuidad y la ignorancia de los niños nos va contando su experiencia de los acontecimientos, la muerte del padre, el golpe de Estado de Franco y el desarrollo de la Guerra Civil en Tenerife. Ese contraste, por un lado la gravedad trágica de los hechos que se cuentan, y por otro la edad de la narradora y su sencillísimo modo de contar, es uno de los grandes aciertos de *Mientras maduran las naranjas*, pues la candidez infantil de la narradora no admite disquisiciones o moralejas, casi siempre engorrosas y sobre todo inútiles. La narradora —que cuenta directamente mientras vive los hechos y por lo tanto está anclada en un tiempo que va de 1936 a 1939—, se limita a ponernos frente a unos acontecimientos que la llenan de perplejidad y de dolor, que no entiende, que no puede comprender, lo cual obliga a los lectores de hoy a despojar aquella situación de su infantil incompreensión de una manera muy simple: llenándolos de contenido histórico. La apariencia de sencillez no es más que un inteligente recurso para obligar a los lectores a volver sobre un tema del que tan poco se ha dicho y mucho menos se ha escrito, la Guerra Civil en Canarias. Por otro lado, de esta manera el relato nos llega directo y verosímil, y podría convertirse, a nuestra manera de ver, en un guión de cine francamente interesante.

Junto a Sara aparecen los otros miembros de la familia que componen el grupo de personajes principales de la novela: Lupe, su hermana, que tiene al comienzo de la obra trece años, Julia, la madre, el padre muerto, y los cuatro tíos republicanos, Daniel, Nicolás, Juan y Ernesto.

El profesor Emilio Lledó, que lo fue de Cecilia Domínguez y del que esto escribe en la Universidad de La Laguna en la década de los 60 del pasado siglo y a quien se homenajea justa y merecidamente en este número de la revista del Ateneo de La Laguna, dijo en su espléndido libro *El surco del tiempo*: “La historia contemporánea tiene el peligro de convertirse en un inmenso puerto donde se cultiva y vende, no tanto el compacto y ameno fruto de aquellos árboles que endulzaban y alienaban a los felices Lotófagos, sino más bien un desabrido sucedáneo. Basta mirar en torno para descubrir, día a día, y bajo sutiles formas, esta creciente invitación a la desmemoria. Una aldea global en la que, sin embargo, sus aldeanos apenas tienen cosas que contarse y que, en ocasiones, se convierte en violencia global también contra la memoria, en manipulación contra la inteligencia, y donde el horror y la muerte se congela y trivializa en miles de ojos acristalados que reflejan y ofrecen la nueva y vana flor del olvido”.

Justamente *Mientras maduran las naranjas* es una invitación a recordar, para lo cual hay que seleccionar y acentuar, como decía O’Keeffe. Veamos, pues, dónde pone el foco Cecilia Domínguez para mostrarnos cómo fueron las cosas en realidad:

1º) LIBROS A LA HOGUERA:

“Allí, a la derecha, debajo de la escalera que subía a las habitaciones, la alacena tenía la puerta abierta y la cerradura rota. Había sido forzada. Se veían algunos libros en el suelo y otros, muy pocos, en las estanterías. [...]

—Ah, se han dado cuenta, ¿no? —continuó poniendo cara de circunstancias—. Pues miren, tienen que decirle a su madre que no nos quedó más remedio que denunciar la existencia de estos libros. Ya ustedes saben que mi esposo es militar y era nuestra obligación... bueno, ustedes todavía no entienden estas cosas, pero hubo que quemar bastantes y den gracias a que no pasó nada más, pues... (pág. 70)

2º) REPERTORIO DE HUMILLACIONES:

Las cruces:

“—No es nada... Bueno, la mala suerte. Cuando venía para acá me encontré con una procesión para reponer las cruces y Calixto, el Gordo, me reconoció y me hizo cargar con una a golpe de fusta.

—¿Calixto? —preguntó mi madre indignada—, ¿pero no fue él quien las quitó en su momento?

—Sí, Julia pero parece que no sabes lo que ha pasado aquí con la gente. Bueno, aquí y en todos sitios. Quien menos te lo esperas levanta la mano... y de derechas de toda la vida” (pág. 73).

El estigma del rapado:

“Cuando doblábamos la esquina, oímos insultos seguidos de unas risas. Nos quedamos quietas y miramos. A la mitad de la calle había una casa de dos plantas que era sede de la Falange y, de allí, salieron a empujones tres mujeres jóvenes con la cabeza totalmente rapada. Era a ellas a las que iban dirigidos los insultos.

Nosotras no quisimos saber más. A pesar de que nos temblaban las piernas, echamos a correr y no paramos hasta llegar a casa” (pág. 105).

El saludo fascista:

“Atravesé la calle y cuando me dirigía a casa para cobrar el alquiler, una muchacha joven, vestida con una camisa azul, con un yugo y unas flechas bordadas en rojo a la altura del pecho, se encaró conmigo, me miró de arriba abajo y me ordenó:

—¡Chica, haz el saludo!

—¿El saludo? ¿Qué saludo?

—¡El saludo, el saludo patriótico, por Dios, por España, por Franco! ¿A qué esperas? Yo temblaba de miedo. Pensé que, si no lo hacía, me iba a llevar con ella y a raparme como hicieron con aquellas mujeres. Entonces, levanté la mano derecha y en silencio hice el saludo de los romanos.

—¡Bien, ahora sigue tu camino! —dijo sonriendo satisfecha” (pág. 108).

3º) LOS NIÑOS TAMBIÉN HACEN LA GUERRA:

En la calle:

—Niñas —dijo mi madre al vernos—, vayan a casa del tío Nicolás y espérenme allí.

—¿Podemos ir a la plaza a jugar con los amigos? —interrumpí yo.

—Bueno, pero hasta que yo las llame.

Nos esperaban Carmen, Pablo, Manuel, África y Libertad.

—¿Y los demás? —pregunté.

—No van a venir —contestó Manuel—. Por lo visto sus padres no quieren que jueguen con nosotros.

—¿Y eso por qué?

Se encogieron de hombros y a mí se me ocurrió pensar que eso tenía mucho que ver con que se llevaran presos a mis tíos, con lo del golpe y los militares, y con la cara de preocupación de mi madre” (pág. 42).

Y en la escuela:

“Terminó septiembre y nuestra madre nos propuso un plan para que “continuáramos aprendiendo”, aunque no fuésemos a la escuela.

—¿Pero es que no hay escuela? —pregunté extrañada.

—“Escuela sí hay —me contestó—, pero ustedes no pueden ir. Es la escuela de los “nacionales” y no permiten la entrada a hijos de republicanos, de rojos, como dicen ellos. Pero no importa. Aquí hay muchos libros de sus tíos y con ellos aprenderán muchas cosas” (pág. 92).

4º) ECONOMÍA DE GUERRA:

“También fue vendiendo sus pertenencias a la gente rica del pueblo que, como temía, se aprovechaba de las circunstancias para darle, como ella decía, “cuatro perras”. Y así salieron vajillas, sillones, aparadores de caoba, hasta que, un día, una señora de las que se decían aristocráticas, le pidió la Inmaculada” (pág. 94).

5º) ROSARIO DE CÁRCELES:

Fyffés:

“Una puerta enorme de dos hojas pintada de verde franqueaba la entrada. Por fuera, dos soldados, armados con fusiles, vigilaban no sé qué. Me supuse que estaban allí para que nadie se escapara.

Al abrirse la puerta fue cuando entendí lo de la prisión. Un pasillo rodeado de alambradas con espinos flanqueaba los barracones. Por él llegamos a otro pasillo más ancho y nos detuvimos. Al otro lado, a unos dos metros y separado por un muro de un metro de alto, otro pasillo al que daban unas puertas. Por allí empezaron a salir los presos y se acercaban al muro.

Nosotras nos poníamos de puntillas, como si así pudiéramos ver mejor.

Entonces oímos: “Allí está Nicolás”.

Tía Isabel le hizo señas con la mano y tío Nicolás empezó a caminar hacia nosotras. Estaba pálido y algo desmejorado, pero en cuanto nos vio, se acercó sonriendo.

Era como estar en un mercado. La distancia entre los presos y nosotros impedía hablar en voz baja y, como estábamos todos juntos, las voces se mezclaban y teníamos que hacer verdaderos esfuerzos para entendernos.

Además, de vez en cuando y por el pasillo que quedaba entre los presos y nosotros, se paseaba un soldado, así que todos se limitaban a preguntar cómo estaban, si necesitaban algo y poco más” (pág. 80).

Las cárceles flotantes:

“Subimos la escalera. Íbamos sigilosas, como si temiéramos que alguien nos estuviera vigilando. Cuando abrimos la puerta de la azotea, el sol nos hirió en los ojos y Lupe y yo nos pusimos las manos a modo de visera.

Nos acercamos al muro. Sí, allí estaba el barco, pero la distancia hacía imposible reconocer a los hombres que estaban en la cubierta.

—No importa —dijo nuestra madre decidida—. Ellos están ahí, esperando nuestro saludo. A ver, niñas, saquen los pañuelos y empiecen a abanar.

Todas lo hicimos y, de pronto, vimos cómo desde el barco se alzaban brazos y camisas que respondían a nuestros saludos.

No pude evitar que se me salieran las lágrimas. Tía Amalia también lloraba. Lupe estaba a punto de hacerlo y se mordía con fuerza el labio, y mi madre sonreía con una tristeza que era aún peor que las lágrimas” (pág. 84).

África:

“Aquella noche, en casa de tío Juan, pusimos la radio muy bajito por temor a que algún vecino pudiera enterarse de que estábamos cogiendo emisoras prohibidas.

Entonces nos enteramos de lo de Teruel. Era verdad lo que nos dijo el conductor sobre la victoria de los republicanos en esa batalla. Luego supimos que, en venganza por esa derrota, se prohibían las visitas a los presos y que a los que estaban en el barco los iban a trasladar a un campo de concentración en África.

—¡Dios mío, África! —exclamó mi madre—. Y yo dejé de dibujar en mi libreta aquel barco lleno de hombres que vi en el muelle” (pág. 86).

6) LA PRIVACIDAD DE LA CORRESPONDENCIA:

“Aquella Navidad recibimos carta de los tíos. La enviaban desde un campo de concentración de África y venía muy arrugada y llena de tachaduras.

Lupe me dijo que aquellos tachones no los habían hecho los tíos sino la censura. Por lo visto, las cartas de los presos, antes de enviarlas, eran leídas por unos señores que tachaban aquello que no les parecía bien.

Me preguntaba qué podían escribir mis tíos para que lo tacharan de aquella manera” (pág. 111).

7º) LA GLORIOSA CRUZADA:

“En el sermón, el cura empezó a hablar de la guerra y yo no lo quise oír. ¿Por qué ese empeño del cura en estropear la noche? Yo no estaba dispuesta a que lo hiciera y le dije a Lupe, muy bajito que iba a salir un momento, que no se preocupara, que cuando se acabase el sermón entraría.

No me encontraba con ánimos de escuchar lo que decía el cura. Estaba segura de que

iba a hablar de lo malos que eran los republicanos y lo bien que luchaban Franco y los suyos por Dios, por la patria y todas esas cosas que ya estaba cansada de oír. Como si los rojos no lucharan también por la misma patria. ¿O es que no eran todos del mismo país? Además, en Navidad ¿no había tregua en los frentes de batalla? ¿Por qué el cura no hacía también una tregua?” (pág. 123).

8º) PERIPECIA DE UNA FAMILIA:

Tres hermanos (Ernesto, Daniel y Nicolás) son detenidos por ser republicanos y defender sus ideas. Uno era maestro y otro músico que enseñaba su arte, asunto éste, el de enseñar, muy peligroso en aquellos años. Por eso mismo fusilaron a dos de ellos (Ernesto y Daniel). Pero antes, se fugan, lo cual hace que, a un cuarto hermano (Juan), que estaba libre, se le encarcelara como represalia, porque “alguien tenía que pagar por el delito de fugarse”.

Todo eso se explicita en la novela, sin embargo de otra parte de la historia se nos dan muy pocos datos. Se trata de la deportación de los hermanos a los campos de concentración de África y de la novelesca fuga que allí tiene lugar. Sara sólo se refiere muy vagamente a este asunto, tan real como novelesco². Muy sucintamente diremos que el 17 de agosto de 1936, el vapor *Viera y Clavijo* parte de Santa Cruz de Tenerife con 37 deportados políticos procedentes de las prisiones flotantes –cenetistas, comunistas, socialistas, miembros de izquierda republicana–, haciendo la ruta Las Palmas, Puerto Cabras, Cabo Juby, Río de Oro y La Güera. Entre ellos están los dos personajes de la novela, el poeta Pedro García Cabrera y el novelista José Antonio Rial. De aquellos campos africanos regresaban a las islas a veces algunos prisioneros, pero no para ser puestos en libertad, sino para fusilarlos. Esta situación, conocida por los deportados, provoca que el 14 de marzo 1937, tras un motín, se realice la fuga a Dakar de 23 deportados. De allí pasan a Francia en buques extranjeros que venían de América y se dirigían a Europa sin tocar puertos canarios. Luego, regresan a España y se ponen a las órdenes del Gobierno de la República. Algunos mueren en la Guerra. Otros son detenidos. El vapor *Viera y Clavijo* permaneció en Dakar hasta el 27 de julio de 1939.

Como homenaje a su memoria, reproduzco la lista de los 37 deportados³:

1º) LOS 29 DEPORTADOS A VILLA CISNEROS:

Adolfo Bencomo García	Carlos Pestana Nóbrega
Adolfo Hernández Fernández	Félix Sosa Hernández
Anselmo Trujillo Téllez	Francisco Verdejo Berástegui
Antonio Espinosa Rodríguez	Gaspar González Arbelo
Antonio Hernández Merino	Helenio Padrón Camacho
Balbino San Millán López (Fusilado)	Jaime Quintero López

José Gorrín Rodríguez
 José Pérez Trujillo
 José Talavera Pachá
 Juan Hernández Correa
 Julio López Parejo
 Layo Rodríguez Figueroa
 Leoncio Niebla Roure
 Luis Niebla Roure
 Manuel Illada Quintero (Fusilado)

Manuel Prieto Hernández
 Mauro Rodríguez González
 Nicolás Mingorance Pérez
 Pedro García Cabrera
 Pedro Hernández Lorenzo (Fusilado)
 Plácido Sánchez Martín
 Rafael Díaz Castro
 Sixto Juan Concepción

2º) LOS 8 DEPORTADOS A LA GÜERA:

Antonio Sanz Milá
 Feliciano Jerez Veguero
 Francisco Silvestre Infante (Fusilado)
 Francisco Sosa Castillo (Fusilado)

Inocencio Sosa Hernández
 José Rial Vázquez
 Lucio Illada Quintero (Fusilado)
 Rodrigo Coello Martín (Fusilado)

En esta lista hay dos hermanos fusilados, Manuel y Lucio Illada Quintero, los personajes de la novela, los tíos republicanos de Sara.

Como detalle digno también de reseñarse añadiremos que Francisco Sosa Castillo fue de los devueltos a Tenerife poco tiempo después de su deportación y fusilado el 13 de octubre de 1936, junto a Manuel Vázquez Moro (gobernador civil), Isidro Navarro López (secretario del Gobierno Civil) y Domingo Rodríguez Sanfiel, presidente del Círculo de Amistad XII de Enero.

Con cínica desfachatez, todos los partes de defunción citan como causa de la muerte “hemorragia interna”.

Esto es, también, historia, y hay que tenerla presente tal cual ocurrió. Ni olvidarla ni transformarla. *Mientras maduran las naranjas* no lo dice porque está contada por una niña a la vez que suceden los hechos, de manera que ella no tiene una conciencia global de lo que ocurre, sino que sólo conoce los concretos datos de su familia. La ignorancia de entonces de Sara es normal, pero hoy sí hay que saber, y lo que se sabe, además, hay que contarlo. Sin embargo, se siguen silenciando en Canarias todavía muchas cosas y ocultando otras tantas, como esas fosas comunes perdidas por barrancos y simas con los restos insepultos de otros asesinados.

El realismo permite muchas variaciones de realización. Una de ellas es, por ejemplo, la elegida por el artista Peter Dreher⁴, que en 1972 empezó a pintar siempre con la misma luz artificial un vaso vacío puesto en una superficie frente a una pared. En un formato fijo de 25 x 20 cm. Se corresponde con el tamaño real de un vaso de agua; cada año, desde 1974, pinta con luz natural entre 50 y 80 cuadros, todos ellos vinculados a la percepción de lo real en diversas circunstancias. En los cuadros pintados de día aparece la ventana del estudio reflejada en el vaso, que al mismo tiempo capta el austero interior de la habitación. Dreher, que tiene su estudio en un pequeño balneario

de la alta Selva Negra, copia una parte diminuta de la realidad, pero no la representa, porque me parece a mí que su obra está tan vacía de realidad “real” como el vaso que machaconamente repite. No trabaja así Cecilia Domínguez quien, contrariamente a esa postura, piensa que el artista debe imitar a Ulises, que sacó a sus compañeros del paraíso falso donde artificialmente estaban instalados, los amarró a los bancos del barco y los trajo de vuelta a la realidad. Justamente eso es lo que, con aparente sencillez y gran eficacia, hace Cecilia Domínguez con *Mientras maduran las naranjas*.

NOTAS

¹ Ed. Tusquets. Barcelona, 2002.

² Sobre este tema véanse los siguientes libros:

—*Villa Cisneros. Deportación y fuga de un grupo de antifascistas*, (Valencia, 1937), firmado por José Zahareño, que en realidad es José Rial Vázquez, padre de José Rial González, autor de *La prisión de Fyffes*.

—*Isleta / Puerto de La Luz. Campos de concentración*, Juan Medina Sanabria. Edición del autor. Las Palmas de Gran Canaria, 2002.

—La colonia penitenciaria de Villa Cisneros. Deportaciones y fugas durante la Segunda República, Guadalupe Pérez García. *Historia y comunicación social*. Vol. 7

³ Información extraída del libro *Isleta / Puerto de La Luz. Campos de concentración*, de Juan Medina Sanabria.

⁴ *Realismo*, Kerstin Stremmel. Taschen.